

DISCURSO DE DON EMILIO RIOSECO E.,

Señor Ministro de Educación Pública, señor Rector de la Universidad de Chile; señor Rector de la Universidad de Concepción; señores parlamentarios; autoridades de la ciudad; señoras y señores:

Hay momentos en la vida del hombre, que parecen detener el ritmo de nuestro ser, sumergirnos en un no sé qué de vehemente alegría interior y hacernos mirar la vida más grande, más diáfana y más feliz.

Cuando en estos instantes—Señores—junto a vosotros, rodeados por la naturaleza solemnidad del acto y plenos de íntimo regocijo, algunos alumnos de la Universidad de Concepción recibimos los premios del año 1944, creedme que palpamos uno de esos minutos preciosos de la existencia.

Al obtener estos premios, decimos con espartano laconismo que hemos cumplido nuestro deber; pero decimos también, porque es deber de conciencia declararlo, que el éxito lo debemos en gran parte a otros los que, a su vez, supieron cumplir una misión. Nadie se debe a sí mismo, nadie desenvuelve su personalidad aislado ni enriquece su alma en absoluto egoísmo espiritual; hay en el mundo del espíritu como en el de la materia, fuerzas que potentes nos impulsan en la constante renovación y ascenso de nuestra existencia y que, cual lámparas de perenne luz, proyectan dándoles vigor en el plano de la vida, los débiles relieves de la imperfección humana.

Y entonces, surge ante nuestros ojos y pensamos en la imagen querida de nuestros padres: a quienes no sólo debemos

la felicidad del vivir sino que la de haber sido formados en una senda de rectitud y de bien, el más valioso de los tesoros de los hombres. Que el éxito con que coronamos nuestros estudios, sea en débil forma feliz compensación a tanto sacrificio y a tanto desvelo, no comprendido tal vez ayer, pero que la vida nos muestra hoy en todo su significado de virtud y de amor.

Y surge ante nuestra vista, la imagen venerable de nuestros maestros; a ellos debemos—como decía Alejandro— «el aprender a vivir», esa, la más difícil de las ciencias humanas y para la cual nos dieron el preclaro acervo de su saber, de su experiencia y de sus sacrificios. Para ellos, estas palabras de gratitud con la promesa de que mañana tendrá tal sentimiento su mejor realización en la continuidad de un respeto y de un cariño indelebles.

Y vemos en este conjunto de factores espirituales que modelaron nuestro ser, vemos a ese bello primor de la amistad juvenil, buscando en los ojos de una mujer hermosa el ideal más puro que dignifica y da sentido a la vida y que encuentra en el amor la magnitud del sacrificio. A esa alma, que supo de las inquietudes y de las aspiraciones nuestras, debemos también este triunfo, forjado en momentos para siempre inolvidables vividos al sentir de una común comprensión.

Viene a nuestro recuerdo finalmente, la alegre camaradería de los compañeros de estudio; el éxito que alcanzamos pertenece en gran parte a ellos, porque juntos aprendimos a luchar y porque si en la lid hemos vencido fué su estímulo el que nos impulsó al trabajo y a la imitación de muchas de sus mejores cualidades. Para ellos esta palabra agradecida, por la sincera amistad de quienes no estamos envanecidos por laureles ganados, sino que obligados para siempre a saber merecerlos.

Mirad, pues señores, cuan egoísta sería atribuirse exclusivamente el triunfo.

Pensamos en lo mucho que debemos y nos anonada la responsabilidad que adquirimos en estos instantes. Miramos al

pasado y vemos la vida alegre y rítmicamente fácil del estudiante: atisbamos al porvenir y nos sorprendemos en los brazos de esta querida Universidad que, despidiéndonos, nos dice con el pensador americano. «Id ahora a solucionar el problema humano, tan sencillo para la mente, tan fácil para la acción iluminada y, sin embargo, tan doloroso, tan atterradoramente obscuro en la realidad de la vida cotidiana». (Vasconcelos). Y ved, señores, que caudal de virtud requieren hoy nuestras almas para afrontar la vida tal cual ella es, cadena de problemas, inquietudes y responsabilidades.

Llega, sin embargo, hasta nosotros el eco fervoroso de dos voces salvadoras: la voz de esta Universidad y la voz de nuestras conciencias. La primera, señalándonos segura solución en la competencia profesional por el estudio constante, y la voz de la conciencia, guiándonos a la felicidad por la rectitud y la disciplina moral!

Sabemos que sin estudio y sin preparación técnica, no se avanza hoy en el terreno científico, ya que la complejidad de la vida y la especialización, que es su consecuencia, exigen del profesional y de su talento actuante, la solución precisa en el momento preciso. Es por esto que perseverar, perseverar siempre en el conocimiento de nuestras respectivas carreras, ha de ser el más firme propósito que encierren hoy nuestras almas.

Pero no basta, más que profesionales eficientes requiere el mundo hombres buenos, y este arquetipo de hombre «el hombre bueno, bueno en su labor diaria, bueno en su vida de familia y de sociedad, es decir, el hombre de rectitud e integridad moral el que queremos erigir también en el ideal más firme que presida nuestras acciones. «... Primero es ser bueno—, escribe Angel Ossorio—; luego, ser firme; después, ser prudente; la ilustración viene en cuarto lugar; la pericia en el último». (Angel Ossorio, «El alma de la Toga»).

Podemos, decir, pues, sin exagerar, que es la ética profes-

sional fundamento y luz, para quienes entramos a un mundo olvidado de esa norma que busca la felicidad en el bien.

Procuraremos así dar satisfacción a lo que ahora las circunstancias nos imponen; porque feliz oportunidad ha sido esta la de obtener los premios al celebrarse las bodas de plata de nuestra Universidad, ya que es ella elocuente muestra de su anhelo de grabar y para siempre, en nuestras mentes juveniles, el imperativo sagrado del deber, que vincula tan estrechamente desde hoy nuestras vidas a su propia existencia.

Pero sólo con acciones podremos proyectar la luz de este fuego universitario más allá de las aulas, porque serán ellas el mejor testimonio de que aquí se formaron hombres, hombres en los que Razón y Pasión fueron dos puntos de una misma balanza, firme siempre en el fiel de la rectitud y de la disciplina moral.

Y así, dejamos la inolvidable vida estudiantil, señera en virtudes las más nobles del alma y que siempre será, perdurando en el recuerdo, norma y guía de Valor, Lealtad y Bien.

Que semejante sueño se vuelva realidad, esperanza en el alma y constancia en la acción y que encendido así nuestro espíritu por el fervor de ideal tan alto, Dios bendiga, proteja y fructifique la vida que se nos abre hoy.